El maestro rural

[Cuento - Texto completo.]

Franz Kafka

Aquellos, yo soy uno de ellos, que ya encuentran repulsivo un pequeño y simple topo, hubieran muerto de repugnancia si hubieran visto al topo gigantesco que se observó hace un año en las cercanías de un pequeño pueblo, el cual llegó a alcanzar por ese motivo cierta notoriedad pasajera. Ahora, sin embargo, hace ya mucho tiempo que ese pueblo pasó al olvido y comparte, así, la vida oscura de aquella aparición, que quedó sin explicar y que nadie, tampoco, se empeñó en aclarar. Como consecuencia, pues, de la negligencia de aquellos círculos obligados a preocuparse del asunto, que se esforzaron, sin embargo, por atender a otras cosas menudas, aquel fenómeno se olvidó sin que se realizara una investigación minuciosa. Que el pueblo quede muy apartado del ferrocarril, no se puede aducir como disculpa; mucha gente vino desde muy lejos por mera curiosidad, algunos vinieron hasta del extranjero, solo aquellos que deberían haber mostrado algo más que simple curiosidad, no aparecieron. Si personas llanas, cuyo horario laboral apenas les deja un respiro, no se hubieran hecho cargo desinteresadamente del asunto, el rumor de la aparición apenas habría salido de la comarca. Así pues, el rumor, en otras circunstancias imparable, en este caso se extendió con bastante lentitud, y si no se le hubiera dado un buen impulso, no se habría extendido como lo hizo. Pero ése tampoco constituía ningún motivo para no ocuparse del asunto, todo lo contrario, esa aparición se tendría que haber investigado. En vez de hacerlo, se confió al viejo maestro rural el tratamiento por escrito del caso, quien, ciertamente, es un hombre distinguido en su profesión, pero cuyas capacidades, así como preparación, no le posibilitan suministrar una descripción fundamentada y útil, por no hablar de una explicación. El breve escrito fue impreso y vendido a los visitantes del pueblo, encontrando cierto reconocimiento, pero el maestro era lo suficientemente inteligente para saber que sus esfuerzos aislados, sin apoyo de nadie, en el fondo no tenían valor ninguno. Si él, no obstante, perseveró y decidió consagrar su vida a aquel suceso, empeño que, por su naturaleza, se fue haciendo año tras año más desesperado, eso solo demuestra, por una parte, lo grande que era la fascinación ejercida por la aparición y, por otra, qué resistencia, fidelidad y convencimiento se pueden encontrar en un viejo e ignorado maestro rural. Que él padeció gravemente por la actitud negativa de las personalidades más influyentes, es algo que queda demostrado por el breve epílogo que añadió a su escrito, si bien lo incorporó años después, esto es, en un tiempo en el que ya apenas nadie recordaba de qué se trataba. En el mencionado epílogo formula quejas convincentes, quizá no con mucha habilidad pero sí con sinceridad, sobre la falta de comprensión mostrada por aquellas personas en las que esta comprensión, como mínimo, se debía presuponer. De esa gente dice con acierto: «No yo, sino ellos hablan como viejos maestros rurales». Y cita, entre otros, a un erudito con el que habló sobre su investigación. El nombre del erudito, sin embargo, no se menciona, pero se puede adivinar su identidad gracias a distintos pormenores. Después de que el maestro hubo superado grandes

dificultades para ser recibido por el erudito, pues tuvo que solicitar la entrevista semanas antes, notó ya en el momento de saludarse que éste tenía un prejuicio insuperable en lo referente a su asunto. La distracción con que escuchó el largo informe del maestro, emitido en base a su escrito, quedó patente en la indicación realizada después de un aparente momento de meditación:

—Cierto, hay distintos topos, grandes y pequeños. En su comarca, la tierra es especialmente negra y pesada. Bien, por eso ofrece a los topos una alimentación rica en grasas y adquieren, así, un gran tamaño.

—Pero no tan grandes —exclamó el maestro y midió, exagerando por la rabia, dos metros en la pared.

—Oh, sí —respondió el erudito, al que todo le parecía bastante cómico—. ¿Por qué no?

Con esa información regresó el maestro al pueblo. Cuenta cómo su mujer y sus seis hijos lo recibieron por la noche, en la carretera, en plena nevada, y cómo les tuvo que confesar el fracaso definitivo de sus esperanzas.

Cuando leí acerca del comportamiento del erudito frente al maestro, aún no conocía el escrito de este último. No obstante, me decidí de inmediato a reunir todo lo que pudiera averiguar sobre el caso y a ordenarlo. Ya que no me podía enfrentar al erudito, mi escrito, al menos, debía defender al maestro o, mejor expresado, no tanto al maestro como a la buena intención de un hombre honrado pero sin influencias. Reconozco que después lamenté mi decisión, pues sentí que la ejecución de mi plan me tenía que llevar a una situación singular. Por una parte, mi influencia no era tan importante como para poner al erudito o a la opinión pública a favor del maestro; por otra parte, el maestro tenía que advertir que a mí su intención principal, la demostración de la aparición del gran topo, me importaba muy poco en comparación con la defensa de su honradez, que a él, naturalmente, le parecía que no necesitaba defensa alguna. Por consiguiente, sucedió que yo, que me quería unir al maestro, no encontré ninguna comprensión en él y, probablemente, en vez de ayudar, hubiera necesitado, a mi vez, de un nuevo ayudante, cuya aparición, por lo demás, era más que improbable. Además, con mi decisión me impuse un arduo trabajo. Si quería convencer, no podía remitirme al maestro, al que le había sido imposible convencer. El conocimiento de su escrito solo me hubiera desconcertado, así que evité leerlo antes de terminar mi propio trabajo. Ni siquiera me puse en contacto con el maestro. Aunque él, a través de intermediarios, conoció mis investigaciones, no supo si trabajaba en su mismo sentido o contra él. Bueno, probablemente suponía lo último, aunque lo negara más tarde, pues dispongo de pruebas de que puso obstáculos en mi camino. Eso lo podía hacer con gran facilidad, ya que me veía obligado a emprender todas las investigaciones que él ya había realizado, así que siempre se podía anticipar a mis acciones. Ése constituye, por lo demás, el único reproche que se le puede hacer a mi método de trabajo, un reproche inevitable, por añadidura, que, sin embargo, merced a mi precaución, rayana en la abnegación, pude debilitar en gran parte a la hora de escribir las conclusiones. En lo demás, mi escrito estaba completamente libre de la influencia del maestro, quizás en este punto demostré demasiados escrúpulos; daba la impresión de que nadie había investigado hasta el momento el caso, como si yo hubiera sido el primero en interrogar a los testigos oculares y auriculares, el primero en ordenar sucesivamente los datos, el primero en sacar conclusiones. Posteriormente, cuando leí el escrito del maestro —tenía un título bastante

prolijo: «Un topo tan grande como no se ha visto nunca»—, hallé que, efectivamente, había puntos esenciales en los que no coincidíamos, si bien ambos creíamos haber demostrado el aspecto esencial, es decir la existencia del topo. No obstante, aquellas diferencias de opinión impidieron el origen de una relación amistosa con el maestro, que yo, a pesar de todo, había esperado. Se puede decir que se desarrolló cierta hostilidad por su parte. Siempre permaneció, ciertamente, modesto y humilde frente a mí, pero cuanto más acentuaba esa actitud, con mayor claridad dejaba traslucir su estado de ánimo real. Era de la opinión de que yo le había dañado a él y había perjudicado a la causa, de que mi creencia de que le había utilizado o podido utilizar, era, en el mejor de los casos, simpleza, aunque probablemente fuese arrogancia o perfidia. Ante todo hacía hincapié con frecuencia en que sus enemigos hasta ese momento no habían mostrado públicamente su hostilidad, como mucho a solas con él o solo oralmente, mientras que yo había creído necesario imprimir en seguida toda mi exposición. Además, los pocos adversarios que se habían ocupado del asunto, si bien superficialmente, habían escuchado, al menos, la opinión del maestro, es decir la opinión más importante, antes de haberse manifestado; sin embargo, según él, yo había sacado mis propias conclusiones de datos reunidos sin sistema y, en parte, mal interpretados, que aunque fueran correctos en lo principal tendrían que dar una impresión de inverosimilitud, tanto a la masa como a la gente instruida. Y el más leve atisbo de inverosimilitud era lo peor que aquí podía ocurrir. Me hubiera sido fácil contestar a todos esos reproches, formulados de un modo encubierto —por ejemplo, era precisamente su escrito el que representaba el colmo de la inverosimilitud—, sin embargo parecía menos fácil contrarrestar otra de sus sospechas, y éste fue el motivo por el que mi actitud frente a él fue muy comedida. Él creía en secreto que le había querido quitar la gloria de ser el primer defensor del topo. Bueno, no creo que existiera ninguna gloria referida a su persona, sino más bien cierta notoriedad ridícula, limitada a un círculo cada vez más pequeño al que, con toda seguridad, no quería sumarme. Además, en la introducción a mi escrito había declarado expresamente que el maestro debía considerarse el descubridor del topo para todos los tiempos —en ningún caso había sido el descubridor— y que solo la simpatía por el destino del maestro me había impulsado a redactar el escrito. «El objetivo de este escrito es —así concluía con exagerado patetismo, pero conforme a la excitación que sentía en aquel momento— ayudar a que la exposición del maestro disfrute de una merecida difusión. Si lo lograra, mi nombre, implicado fugaz y superficialmente en este asunto, deberá ser borrado inmediatamente del mismo». Rechazaba, por tanto, todo protagonismo en la cuestión. Era como si hubiera previsto el increíble reproche del maestro. No obstante, precisamente ahí encontró el asidero contra mí, y no voy a negar que no existía ni el más ligero atisbo de justificación en lo que decía, o mejor, en lo que indicaba, pues me llamó la atención varias veces que mostraba frente a mí más sagacidad que en su escrito. En concreto afirmaba que mi introducción era ambigua. Si realmente lo que me importaba era difundir su escrito, ¿por qué no me ocupaba exclusivamente del autor y de su pequeña obra? ¿Por qué no mostraba sus méritos, su irrefutabilidad? ¿Por qué no me limitaba a destacar la importancia de su descubrimiento y a comentarlo? ¿Por qué me inmiscuía en su descubrimiento ignorando por completo su escrito? ¿Acaso quedaba algo por hacer en este campo? Si yo, sin embargo, creía realmente que podía repetir el descubrimiento, ¿por qué me apartaba con tanta solemnidad de éste en la introducción? Eso podría haber sido falsa modestia, pero era algo enojoso. Había desvalorizado el descubrimiento, había llamado la atención sobre él con la exclusiva intención de desvalorizarlo, lo había investigado y dejado a un lado, quizá se había hecho un poco el silencio en torno al asunto, yo había vuelto a

hacer ruido, pero al mismo tiempo había hecho la situación del maestro más difícil de lo que nunca había sido. ¿Qué significaba, pues, para el maestro la defensa de su honradez? A él solo le importaba el asunto, solo el asunto. Sin embargo, yo lo había traicionado porque no había entendido el asunto, porque no lo valoraba correctamente, porque no tenía el más mínimo sentido para él, se elevaba por los cielos, mucho más allá de los límites de mi razón. Estaba sentado ante mí y me miraba tranquilo con su rostro arrugado y, sin embargo, ésa era su opinión. Pero no era cierto que solo le importase el asunto, él era muy ambicioso y quería también ganar dinero, lo que, considerando su numerosa familia, era muy comprensible, no obstante le parecía mi interés en el asunto comparativamente tan pobre, que creía poder caracterizarlo como altruista sin decir algo muy apartado de la verdad. Y ni siquiera servía para mi satisfacción personal cuando me decía a mí mismo que los reproches de ese hombre solo procedían, en el fondo, de que en cierta manera sujetaba a su topo con ambas manos y a cualquiera que se quería acercar con los dedos lo llamaba traidor. Tampoco era así, su comportamiento no se podía explicar como avaricia o, al menos, solo como avaricia, más bien cobraba sentido como la inquina que habían despertado en él sus grandes esfuerzos y su completo fracaso. Pero tampoco la inquina lo explicaba todo. Quizás era realmente muy pobre mi interés en el asunto; el maestro estaba acostumbrado al desinterés de los extraños, padecía por ello en general, pero no en particular, sin embargo había encontrado finalmente a alguien que aceptó el asunto de manera extraordinaria y, precisamente esa persona, no comprendió el asunto. Impulsado en esa dirección no quise negarlo. No soy un zoólogo, quizá me hubiera apasionado con el caso si yo mismo lo hubiera descubierto, pero no lo había hecho. Un topo tan enorme es, ciertamente, una rareza, pero tampoco se puede reclamar de forma duradera la atención del mundo sobre ello, especialmente cuando la existencia del topo no ha sido demostrada de un modo irrefutable y tampoco se le puede presentar ante todos. Y debo reconocer que, aunque yo mismo lo hubiera descubierto, probablemente no habría defendido tanto la causa del topo como lo hice de buena gana y voluntariamente con el maestro.

Con toda probabilidad la disensión entre el maestro y yo se hubiera desvanecido si mi escrito hubiera tenido éxito. Pero precisamente ese éxito no se produjo. Tal vez no era bueno, no era lo suficientemente convincente, yo soy comerciante, la redacción de un escrito semejante supera, quizá, mis límites con mucha más claridad que los del maestro, aunque, ciertamente, yo rebasaba al maestro en mucho respecto a los conocimientos necesarios para el caso. El fracaso también podía interpretarse de otro modo: la aparición del escrito se produjo en un momento desfavorable. El descubrimiento del topo, que no se había podido imponer, no quedaba tan lejano en el tiempo para que se hubiera olvidado del todo y mi escrito causara una sorpresa; por otra parte, había transcurrido el tiempo suficiente para haberse agotado el pobre interés suscitado en el momento inicial. Los pocos que pensaron algo acerca de mi escrito se dijeron con una suerte de desconsuelo, sentimiento dominante desde hacía años en esta discusión, que ahora comenzarían los esfuerzos inútiles sobre ese aburrido asunto, y algunos llegaron a confundir mi escrito con el del maestro. En una revista agrícola importante se podía leer el siguiente comentario, felizmente al final y con letra pequeña: «El escrito sobre el topo gigante nos ha sido remitido de nuevo. Recordamos cuando, hace años, reímos de buena gana al recibirlo. Desde aquellos tiempos no se ha tornado más inteligente, ni nosotros más tontos. No podemos simplemente reírnos por segunda vez. Al contrario, hemos preguntado a nuestras asociaciones de maestros si un maestro rural no puede encontrar un trabajo más útil que el

de perseguir topos gigantes». ¡Una confusión imperdonable! No habían leído ni el primero ni el segundo de los escritos, y dos términos infelices, cogidos al vuelo con las prisas, «topo gigante» y «maestro rural», bastaron a aquellos señores para presentarse en escena como los representantes de reconocidos intereses. Se podía haber emprendido algo con éxito contra esa actitud, pero la falta de entendimiento con el maestro me retuvo. Intenté, sin embargo, ocultarle la revista todo el tiempo que fue posible, pero la descubrió muy pronto. Lo reconocí por un comentario en una de sus cartas, en la que me anunciaba su visita en Navidad. Escribía: «El mundo es malo y encima se lo facilitamos», con lo que quería decir que yo pertenezco al mundo malo, pero que no quedo satisfecho con esa maldad intrínseca, sino que encima se lo pongo fácil al mundo, es decir que mi actividad se dirige a sacar la maldad general y a ayudarla a vencer. Bien, entonces tomé las decisiones pertinentes, podía esperar tranquilamente y mirar también con toda tranquilidad cómo llegaba, cómo saludaba, por cierto con menos cortesía que otras veces, cómo se sentaba frente a mí en silencio y sacaba la revista cuidadosamente del bolsillo de su peculiar chaqueta enguatada y la abría ante mí.

—La conozco —dije yo, y rechacé la revista sin haberla leído.

—La conoce —dijo suspirando. Tenía la vieja costumbre de los maestros de repetir las respuestas extrañas—. No aceptaré esto, naturalmente, sin defenderme —siguió, y tamborileó con los dedos en la revista mientras me miraba fijamente, como si yo fuera de una opinión contraria. Tenía una idea de lo que yo quería decir; creí notar, menos por sus palabras que por determinados gestos, que poseía a menudo cierto instinto correcto para mis intenciones, pero no se dejaba guiar por él y se desviaba. Lo que le dije entonces, lo puedo repetir literalmente, ya que lo anoté poco después de nuestra entrevista: «Haga lo que quiera —dije—, nuestros caminos se separan a partir de hoy. Creo que esto no constituirá ninguna sorpresa para usted y que tampoco será inoportuno. La noticia aparecida en la revista no es el origen de mi decisión, solo la ha afianzado y hecho definitiva. El motivo real es que en un principio creí que podría serle útil con mi intervención, pero ahora me doy cuenta de que le he perjudicado en todos los aspectos. Cómo ha sido esto posible, no lo sé, las causas del éxito y del fracaso son siempre múltiples, no escoja solo aquellas interpretaciones que hablan contra mí. Piense en usted, también usted tenía las mejores intenciones y fracasó, si consideramos los resultados finales. No hablo en broma, en realidad me echo a mí la culpa cuando digo que incluso el contacto conmigo cuenta, por desgracia, entre sus fracasos. Si ahora me aparto del asunto, no es ni por cobardía ni por traición. No lo hago sin realizar un gran esfuerzo; el respeto que le tengo a su persona se puede deducir de mi escrito, en cierta manera usted se ha convertido en mi maestro y el topo casi llegó a serme simpático. No obstante, me retiro, usted es el descubridor y, cualquiera que sea la manera en que me ocupe del asunto, siempre constituiría un impedimento para que la posible gloria recayese en usted, al menos mientras yo atraiga el fracaso y se lo traspase a usted. Ésa es también su opinión. Ya he dicho bastante. La única penitencia que puedo asumir es pedirle perdón y, si usted lo requiere, repetiré esta confesión públicamente, por ejemplo en esa revista». Éstas fueron mis palabras, no fueron del todo sinceras, pero lo sincero de ellas era fácil de deducir. Él lo tomó aproximadamente como yo había esperado. La mayoría de los ancianos tiene frente a los jóvenes algo fraudulento, algo mentiroso en su ser, se puede seguir viviendo tranquilamente con ellos, se cree que la relación es segura, se conocen las opiniones

dominantes, se reciben una y otra vez confirmaciones de la paz, se tiene todo como evidente, pero, repentinamente, cuando ocurre algo decisivo que puede afectar a la tranquilidad alcanzada, entonces esas personas mayores se alzan como extraños, poseen opiniones profundas y fuertes, despliegan su bandera por vez primera y en ella se puede leer con horror su nuevo lema. Este horror tiene su origen en lo que ahora dicen, realmente mucho más justificado y lleno de sentido, como si se produjera una intensificación de lo evidente que se torna en algo aún más evidente. Lo insuperablemente falaz que hay en ello es, sin embargo, que lo dicho ahora, en el fondo, siempre lo han dicho y que, no obstante, en general, no se podía predecir. Tenía que haber penetrado mucho en aquel maestro de pueblo para que no me sorprendiera del todo.

—Hijo —respondió, y colocó su mano sobre la mía, acariciándola amigablemente—, ¿cómo llegaste a involucrarte en este asunto? Cuando lo oí por primera vez, hablé con mi mujer —se apartó de la mesa, extendió los brazos y miró al suelo, como si allí estuviera, diminuta, su mujer y hablara con ella—. Tantos años, le dije, que luchamos solos, y ahora parece que un gran mecenas sale en nuestra defensa, un comerciante de la ciudad, de nombre tal y tal. Eso debería causarnos mucha alegría, ¿verdad? Un comerciante de la ciudad no significa poco; si un labriego nos cree y lo dice, no nos puede ayudar mucho, pues todo lo que hace un labriego es indecente, ya diga «el viejo maestro rural tiene razón» o si se limita a escupir de un modo inadecuado, ambas acciones tendrán el mismo efecto. Y si en vez de un labriego se alzan diez mil, el efecto será, si ello es posible, mucho peor. Un comerciante de la ciudad es, por el contrario, algo muy distinto, un hombre así tiene contactos, incluso lo que dice incidentalmente corre entre círculos más amplios, nuevos mecenas admiten el tema, por ejemplo uno de ellos dice: «También se puede aprender de maestros rurales», y al día siguiente lo comenta en voz baja una gran cantidad de gente, que, por su aspecto, nadie lo podría imaginar. Entonces se comienzan a encontrar medios económicos para el asunto, uno reúne, mientras otros le ponen el dinero en la mano; alguien opina que se debería traer al maestro rural, así que vienen, no se preocupan de su aspecto, lo ponen en el medio y, como la mujer y los hijos no se separan de él, se los llevan también. ¿Has observado alguna vez a la gente de la ciudad? Cantan continuamente. Si se junta una fila de ellos, se empieza a cantar desde la derecha hacia la izquierda y luego al revés, y arriba y abajo. Y así, cantando, nos meterían en el coche, sin ni siquiera dejamos tiempo para saludar con la cabeza. El señor en el pescante se ajusta los quevedos, agita el látigo y partimos. Todos se despiden del pueblo, como si todavía estuviéramos allí y no estuviéramos sentados entre ellos. De la ciudad vienen algunos coches con personas impacientes a nuestro encuentro. Cuando nos acercamos se levantan de sus asientos y se estiran para vernos. El que ha reunido el dinero pone orden y pide tranquilidad. Al entrar en la ciudad nos sigue una gran fila de coches. Habíamos creído que ya se había producido la bienvenida, pero en realidad comenzaba frente a la casa de huéspedes. En la ciudad se puede reunir mucha gente con una sola llamada. Y lo que le importa a uno, le importa también al otro. Se desembarazan de las distintas opiniones y se ponen de acuerdo. No toda esa gente puede seguir con el coche, esperan frente a la casa de huéspedes. Otros podrían montar en el coche, pero no lo hacen por altivez. También éstos esperan. Es incomprensible cómo el que ha reunido el dinero, mantiene una visión de conjunto sobre todo.

Le había escuchado con tranquilidad, más aún, durante su discurso me había ido tranquilizando cada vez más. Sobre la mesa había acumulado todos los ejemplares que

poseía de mi escrito. Faltaban muy pocos, pues en los últimos tiempos había mandado una circular solicitando que me devolvieran los ejemplares enviados, recibiendo la mayoría de ellos. Desde muchas partes, sin embargo, me escribieron que no se acordaban de haber recibido ese escrito y que, en el caso de que hubiera llegado, debía de haberse perdido. También así estaba bien, en realidad no deseaba otra cosa. Solo uno me pidió conservar el escrito como curiosidad y se obligaba, siguiendo el deseo expuesto en la circular, a no mostrarlo a nadie en los próximos veinte años. El maestro rural no había visto esa circular, así que me alegré de que sus palabras me facilitasen el mostrársela. Lo pude hacer, además, sin preocuparme, ya que había sido muy cuidadoso en su redacción y no había descuidado en ningún momento el interés del maestro rural y de su asunto. Transcribo las frases principales: «No reclamo el reenvío del escrito porque me haya distanciado de las opiniones allí defendidas o porque haya considerado algunas partes como erróneas o indemostrables. Mi solicitud se fundamenta en motivos personales apremiantes, de los que no se puede deducir ninguna conclusión referida al tema que me ha ocupado; les pido que tengan esto en consideración y que, si está en su mano, lo divulguen».

Mantuve un momento la circular oculta entre mis manos y dije:

—¿Quiere hacerme reproches porque no ha salido como usted quería? ¿Por qué quiere hacer eso? No nos amarguemos en nuestra despedida definitiva. E intente comprender de una vez que usted hizo un descubrimiento, pero que este descubrimiento no ha superado a todos los demás y que, como consecuencia de esto, la injusticia que se le hace tampoco supera a todas las demás injusticias. No conozco los estatutos de las sociedades científicas, pero no creo que le hubieran preparado una recepción que, en el mejor de los casos, ni siquiera se aproximase a aquella que ha descrito a su mujer. Si yo esperaba algo de mi escrito era, así lo creo, que quizá podría llamar la atención de un profesor universitario, que éste podría encargar a uno de sus estudiantes la investigación del asunto, que este estudiante le visitaría y examinaría «in situ» nuestras pesquisas y, finalmente, que si el resultado le parecía digno de darse a conocer —aquí hay que afirmar que todos los jóvenes estudiantes están llenos de dudas—, publicaría un escrito propio, fundamentando científicamente lo que usted había descrito. No obstante, aunque se hubiese cumplido esa esperanza, tampoco se hubiera alcanzado mucho. La exposición de un estudiante, que había defendido un caso tan extraño, podría ser ridiculizada. Usted puede comprobar con el ejemplo de la revista agrícola lo fácil que eso puede resultar, y revistas científicas tienen, en este sentido, menos contemplaciones. También es comprensible; los profesores tienen mucha responsabilidad, ante sí mismos, ante la ciencia, ante la posteridad, no pueden lanzarse de cabeza a todo nuevo descubrimiento. Nosotros, sin embargo, estamos, comparativamente, en ventaja. Pero dejemos esto y aceptemos que el escrito del estudiante se haya impuesto. ¿Qué ocurriría entonces? Su nombre sería mencionado algunas veces con honor, tal vez habría prestado algún buen servicio a su gremio, se habría dicho: «Nuestros maestros rurales tienen los ojos abiertos», y esta revista, si las revistas tuvieran memoria y conciencia, hubiera tenido que retractarse públicamente y anunciar que se había encontrado a un profesor que obtendría una beca para usted; es incluso posible que intentaran llevarle a la ciudad, conseguirle una plaza en una escuela primaria y darle la oportunidad de seguir instruyéndose con los medios científicos ofertados por la misma ciudad. Pero si quiere que sea sincero, debo decir que solo lo hubieran intentado. Se le habría llamado, usted habría venido y, además, como un vulgar pedigüeño, como los hay a cientos, sin recibimiento

festivo, habrían hablado con usted, habrían reconocido la honradez de su empresa, pero, al mismo tiempo, habrían visto que usted es un hombre mayor, que a esas edades el inicio de un estudio científico es pura ficción, que usted había llegado a su descubrimiento más por casualidad que por un procedimiento sistemático y que, más allá de este caso, no pretendería seguir trabajando. Por todos estos motivos le hubieran dejado en el pueblo. Su descubrimiento se hubiera seguido estudiando, pues no es tan ínfimo que una vez alcanzado el reconocimiento pudiera olvidarse. Pero usted no hubiera sabido mucho más de él y lo que hubiera sabido, apenas lo habría entendido. Todo descubrimiento se investiga del mismo modo en el conjunto de la ciencia y por eso mismo, en cierta medida, deja de ser un descubrimiento, desembocando en la totalidad y desvaneciéndose en ésta; después hay que tener un experimentado ojo científico para reconocerlo. De inmediato quedará ligado a axiomas de cuya existencia jamás habíamos oído hablar y, en la disputa científica, se elevará hasta las nubes llevado por esos axiomas. ¿Cómo lo entenderemos? Si escuchamos una discusión semejante, creemos, en principio, que trata del descubrimiento, pero en realidad se está ocupando de cosas muy diferentes.

—Pues, bien —dijo el maestro rural, cogió la pipa y empezó a rellenarla con el tabaco que llevaba suelto por todos los bolsillos—. Se había apropiado voluntariamente del ingrato asunto y ahora renuncia voluntariamente. Todo es correcto.

—No soy testarudo —le dije—. ¿Quiere usted oponer alguna objeción a mi propuesta?

—No, ninguna —dijo el maestro rural, cuya pipa ya humeaba.

Yo no resistía el olor de su tabaco, así que me levanté y recorrí la habitación. Ya estaba acostumbrado, por conversaciones anteriores, a que el maestro rural se mantuviera muy silencioso, pero una vez que estaba allí no había manera de sacarle de la habitación. Ya me había causado sorpresa la primera vez, pues parecía querer algo de mí, así que pensé en ofrecerle dinero, que él aceptó a partir de ese momento con regularidad. Pero irse, solo lo hacía cuando quería. Normalmente, después de haberse fumado la pipa, se removía en el sillón, que, con cortesía y respeto, acercaba a la mesa, cogía su bastón nudoso de la esquina, me estrechaba la mano con vehemencia y se iba. Hoy, sin embargo, su silenciosa presencia me resulta onerosa. Cuando alguien ofrece una despedida definitiva, como yo había hecho, que, además, es recibida con aquiescencia por la otra parte, entonces se intentan ventilar los asuntos que quedan pendientes con la mayor rapidez posible y no se impone al otro la carga de su presencia muda e inútil. Si se miraba al pequeño y obstinado anciano por la espalda, cómo estaba sentado a mi mesa, se podría creer que sería absolutamente imposible sacarlo de la habitación.

FIN